

Palabras del Gobernador del Banco de México, doctor Agustín Carstens, durante la XX Convención Anual de Aseguradores (Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros).

Lunes 24 de mayo de 2010, ciudad de México.

- Señor presidente de la Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros, licenciado Ignacio Gil Antón
- Señor presidente de la Comisión Nacional de Seguros y Fianzas, licenciado Manuel Aguilera Verduzco
- Señoras y señores

Me da un gran gusto acompañarles en esta primera sesión plenaria de la Vigésima Convención Nacional de Aseguradores. Muchas gracias por su amable invitación.

El día de hoy quisiera centrar mis comentarios en una de las principales lecciones que nos ha dejado la crisis financiera mundial que nos aqueja desde 2008. Me refiero a la necesidad de una mayor coordinación entre las autoridades financieras, para

anticipar y prevenir oportunamente riesgos de carácter sistémico que pueden surgir prácticamente en cualquier sector o instrumento del sistema financiero. Un riesgo sistémico es aquél que pone en peligro la estabilidad de todo un sistema financiero en su conjunto.

Ahora bien, ¿cuándo pierde su estabilidad un sistema financiero? Cuando uno o varios eventos le impiden cumplir de manera efectiva, eficiente y oportuna sus funciones de canalizar los recursos entre diferentes agentes económicos. Es claro, por ejemplo, que a inicios del otoño de 2008 gran parte del sistema financiero mundial entró en un periodo de aguda inestabilidad. Basta recordar el llamado “apretón crediticio” que secó, abruptamente, el financiamiento no sólo para miles de empresas y millones de familias, sino para países enteros.

La cadena de eventos que provocaron en 2008 y en meses subsecuentes esa fractura súbita en los canales del sistema financiero mundial tuvo su origen, a su vez, en una regulación y

supervisión atomizadas en los principales países avanzados, que fallaron para detectar y evitar que en los mercados se asumieran riesgos indeseables. Riesgos que, como se vería más tarde, acabaron por vulnerar la estabilidad de los principales sistemas financieros nacionales y regionales y, por lo tanto, del sistema global. ¿Por qué sucedió esto? Permítanme una explicación esquemática de una de las causas más importantes:

Mientras que naturalmente los sistemas financieros modernos permiten que se genere una extensa red de transacciones que interconectan diferentes mercados, la actividad de los reguladores y supervisores nacionales ha tendido a mantenerse en compartimentos institucionales más o menos aislados.

Esto provoca un peligroso desfase entre lo que perciben reguladores y supervisores, desde una óptica tradicional especializada en ramas de actividad, y lo que en realidad está sucediendo día a día en la dinámica de los mercados. Tal disparidad

de visiones – como se experimentó en 2008 y en 2009- pone en serio peligro la estabilidad del sistema financiero.

De esta forma, mientras las autoridades norman sus tareas de supervisión y regulación de acuerdo con fronteras de especialización que parecen infranqueables y rígidas, quienes operan en los mercados, así como sus clientes, no solamente no se detienen ante dichas fronteras preestablecidas sino que incluso logran borrarlas, en la práctica, mediante la innovación y el arbitraje.

Ilustro esto recurriendo a un caso dramático que seguramente conocen bien: AIG. La raíz de la terrible debacle financiera de esa gran aseguradora no estuvo, en modo alguno, en su actividad como aseguradora, sino en su temeraria incursión en la asunción de cuantiosos riesgos ajenos a sus líneas tradicionales de negocio, en particular riesgos crediticios. Pero esa incursión irresponsable fue posible sencillamente porque los reguladores y supervisores no

estaban viendo el panorama global del sistema financiero en su conjunto, sino solamente, y cada uno de ellos, el compartimento aislado que teóricamente les correspondía.

Esta atomización de la supervisión y de la regulación – que coloquialmente podríamos calificar de miopía de los especialistas o de ceguera de taller- contrasta dramáticamente con la visión más que panorámica de la que hicieron gala muchos operadores en los mercados financieros.

Resulta claro que no es una respuesta inteligente a este problema tratar de imponer a los mercados financieros, y a los agentes económicos que operan en ellos, la misma ceguera de taller que parece privar entre reguladores y supervisores. Desde luego, tampoco es una respuesta viable; sería tan candorosa e inútil como querer ponerle puertas al campo.

Por el contrario, lo que racionalmente se impone es dotar a las autoridades reguladoras y supervisoras de la misma visión

panorámica de la que disfrutaban quienes operan en los mercados financieros. Y la forma de hacerlo es establecer los mecanismos funcionales formales para una eficaz y oportuna coordinación y colaboración entre las diversas autoridades financieras, tanto en el ámbito nacional como en el global. De esa manera se asegurará que las autoridades en su conjunto tengan la deseada visión panorámica, sin perder la ventaja de la especialización.

En esta línea de coordinación y cooperación han ido las propuestas que se han generado tanto en el G-20, donde las autoridades financieras mexicanas participamos activamente, como en diversos foros.

Por ejemplo, el jueves pasado el Senado de Estados Unidos aprobó la creación del Consejo Supervisor de la Estabilidad Financiera (*Financial Stability Oversight Council* o FSOC), en tanto que una ley de la Cámara de Representantes también crea un nuevo consejo de reguladores federales con amplia autoridad para proteger al

sistema financiero del tipo de riesgos sistémicos que pueden propagarse rápidamente, como sucedió en 2008. Ambas leyes forman parte de un extenso paquete que refuerza la supervisión y la regulación financieras; las diferencias entre una y otra ley, que son menores, serán conciliadas en breve por las dos cámaras para promulgar una legislación definitiva a partir de la cual empezará a funcionar el Consejo de Supervisión de la Estabilidad Financiera.

En Canadá, la organización de administradores de valores ya creó un Comité de Riesgos Sistémicos; en la Unión Europea se ha planteado establecer un Consejo de Riesgos Sistémicos bajo los auspicios del Banco Central Europeo; en Alemania, el Banco Central y la Autoridad de Supervisión Financiera Federal establecieron un Comité Conjunto de Riesgos, para vincular la supervisión prudencial macroeconómica con la supervisión microeconómica; en Francia se ha propuesto el Consejo Nacional de Riesgo Sistémico y Supervisión

Financiera. Hay experiencias y propuestas similares en Turquía y en la India, entre otros países.

También en México debemos atender oportunamente estas lecciones derivadas de la crisis global y sería deseable que en el plazo más breve las autoridades financieras concretásemos iniciativas de cooperación y coordinación semejantes, que permitan prever y evitar riesgos sistémicos.

El espíritu adecuado para la prevención de riesgos sistémicos en los mercados financieros radica, precisamente, en contar con una visión panorámica de los mercados que permita a los reguladores y supervisores, detectar conexiones y arbitrajes entre instrumentos, así como entre riesgos. Esto, aun cuando esas vinculaciones pareciesen impensables en una óptica tradicional de mercados aislados. De hecho, al expresarse en términos monetarios cualquier activo financiero tiene también, como el dinero, un carácter fungible que le permite arbitrarse prácticamente en cualquier

mercado y tener como colateral cualquier otro instrumento financiero. Por esta razón, también es preciso que las autoridades financieras mediante una estrecha coordinación nacional y global puedan detectar y prevenir oportunamente la formación de burbujas especulativas en los precios de cualquier activo financiero: bienes raíces, futuros de materias primas, coberturas relacionadas a un eventual incumplimiento de deudas soberanas, promesas de pago, pasivos, etcétera.

Ya hemos visto, durante la crisis global, que así como no hay prácticamente ningún nicho o espacio en los mercados financieros que no sea susceptible de generar oportunidades innovadoras de negocio, vinculándose con otros mercados financieros mediante el arbitraje, tampoco hay ningún rincón privilegiado en dichos mercados que escape a los peligros de ser avasallado en caso de suscitarse un riesgo sistémico.

Es cierto, por ejemplo, que la industria de los seguros por su misma naturaleza tiende a ser un factor estabilizador del sistema en su conjunto, pero ello sucede siempre y cuando la circunscribamos a las líneas tradicionales del negocio de los seguros.

Deja de ser cierta esta virtud estabilizadora de la industria de los seguros, y vuelvo al caso de AIG, cuando la búsqueda de una mayor rentabilidad – que es el motor legítimo y deseable de toda empresa lucrativa- aunada a un rezago en la regulación, que permite tácitamente un arbitraje no regulado ni supervisado entre activos de naturaleza muy diversa, la impulsa a tomar riesgos temerarios.

En este sentido, el lamentable episodio de AIG nos recuerda que la industria aseguradora no es un caso excepcional dentro del sistema financiero, un ente aparte que esté siempre a salvo de riesgos y de sorpresas desagradables.

Por fortuna, y en contraste, podemos decir que durante esta crisis el sector asegurador en México ha tenido un desempeño

prácticamente impecable y muy satisfactorio. Pero justamente por ello, porque también la industria aseguradora en México tiene valiosas enseñanzas que aportar al resto del sistema financiero, no me cabe duda que es crucial que se sume al esfuerzo de cooperación y coordinación para garantizar la estabilidad de nuestro sistema.

Muchas gracias.